

Los espejos de Umberto Eco *

La vertiginosa carrera literaria del italiano Umberto Eco —nacido en la Alessandria piamontesa el año 1932— no sólo nunca cesa de asombrarme sino que, en realidad, bien podría convertirse en un auténtico *signo* de los tiempos. (Cosa que, precisamente a un experimentado semiólogo como él, no ha de llegar a sorprender.) Porque, pensándolo bien, el hecho de que un profesional de los círculos académicos, que hoy mismo enseña Semiótica en la Universidad de Bolonia, acostumbrado no sólo a moverse dentro de los más avanzados medios intelectuales sino también capaz de arduo rigor científico, y que había comenzado su labor con estudios tan notables y ampliamente cuestionadores como *Obra abierta* o *La estructura ausente*, para no hablar del *Tratado de Semiótica General*, haya sido capaz de convertirse en autor de un auténtico, fulminante y multinacional super-best-seller como *El nombre de la rosa*, implica sin duda muchos más significados —aún contradictorios, cuando no ambiguos— que los apenas aparentes. Y que en realidad podrían reducirse a una simple pero nada ingenua disyuntiva: ¿el autor ha procedido con astucia, sacando provecho de sus muchos y hondos conocimientos sobre la comunicación contemporánea, para crear un artilugio capaz de seducir a tan inmensas y diversas multitudes, por otra parte hoy fatalmente alejadas del libro, o en cambio lo ha hecho con inocencia, dejándose llevar por lo que emanaba de su propia experiencia, y el éxito logrado demuestra por el contrario una feliz subsistencia no sólo de grandes sino también de inteligentes, de agudas capas de lectores?

Por supuesto que la respuesta no ha de esperarse aquí. Sólo agreguemos que la reciente Feria del Libro de Francfort, probablemente el más grande mercado de derechos de autor del planeta, no sólo fue inaugurada directamente por el mismísimo Eco sino que éste se transformó en la auténtica estrella: su segunda novela, *El péndulo de Foucault*, concretó allí de entrada convenios de traducción en cincuenta países (alcanzando la friolera de unos dos millones de dólares de movimiento), y su edición en castellano será de antemano tan rentable como para que la propia editora madre italiana Bompiani se instale en España con casa propia directamente a consecuencia del lanzamiento de esa obra.

Quizá tan desmedido éxito dé lugar a otra duda: ¿seguirá siendo Eco el mismo después de logros semejantes? Pero quien lea tan sólo las páginas de este nuevo libro de ensayos —en una brillante traducción de Cárdenas Moyano revisada por Elena Lozano— que hoy nos ocupa, inteligente recopilación dividida en cinco atinadas secciones de un vivaz conjunto de trabajos aparecidos en diversas publicaciones, no pocas de ellas académicas cuando no universitarias, no dudará en absoluto de que Umberto Eco si-

* Umberto Eco. De los espejos y otros ensayos. (Lumen, Buenos Aires, 1988).

que siendo un destacado pensador de nuestra época. No sólo por la hondura y la reciedumbre de sus indagaciones en el asombroso universo de los signos, que es lo mismo que decir el asombroso universo de lo esencialmente humano, sino también por sus resplandecientes, iluminadoras irradiaciones sobre viejos y nuevos problemas de nuestra condición. Y que muchas veces no desdén tener encuentros con la mismísima vida histórica, social, doméstica, cotidiana. Baste para ello leer las lúcidas pero inesperadas conclusiones a que la recorrida por una alucinante exposición artística de la siniestra época nazi le hace llegar en *La ilusión realista*, o las llamativas por lo atinadísimas alusiones que van desde el alegorismo medieval hasta el simbolismo moderno, a partir de la lectura de la sugerente *Epístola XIII* de Dante. Que el supuesto realismo exasperante y enajenado del arte impuesto por la cultura nazi (o su concomitante, el mal llamado «realismo socialista» acondicionado por el stalinismo) no resulten más que puro idealismo, ajeno a toda auténtica realidad, o que los problemas de la tradición o interpretación de las Escrituras, vayan mucho más allá de una cuestión meramente retórica y ni siquiera religiosa, para transformarse en la legitimación de una autoridad, y por lo tanto de una única lectura posible («Eco explica la operación de limpieza y digamos también de *policía* cultural que lleva a cabo Tomás de Aquino...»), con todas sus consecuencias, no son en absoluto temas ajenos a la problemática más acuciante del humanismo actual, sino más bien todo lo contrario.

A la pregunta del principio, entonces, bien podrían responder las mismas palabras con que él se refiere al Huizinga del *Homo ludens*: «Un atrevido gusto interdisciplinario, una curiosidad liberal por las culturas no europeas, un valor libre de prejuicios para equilibrar, en la investigación, los hallazgos de la cultura *elevada* con las manifestaciones cotidianas de la vida...» Y aunque el propio Eco se anime por allí a arriesgar sobre sí mismo que «sobre todo nosotros, los piemonteses de la zona fronteriza de Alessandria, somos gente práctica», bien puedo retrucarle que me alegro enormemente de que la contagiosa reverberación de esta inteligencia no quede limitada meramente a los círculos académicos, y siga alcanzando, a través de sus novelas, a cada vez más amplios radios de lectores.

Rodolfo Alonso